

Guadalupe en la religiosidad del pueblo de México

Non fecit taliter omnis natio (Primera Parte*)

Javier García

Profesor emérito del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, Roma

Introducción

En este artículo me propongo estudiar la identificación del pueblo de México con la Virgen de Guadalupe; y lo hago recorriendo la religiosidad en sus raíces autóctonas, en sus expresiones populares y en las declaraciones oficiales.

Antes aclaro en esta introducción amplia en qué sentido me refiero al evento de Guadalupe, a la religiosidad popular y a la divisa “*non fecit taliter omni nationi*” que yo trastrueco en esta otra: “*non fecit taliter omnis natio*”, para subrayar la unicidad del caso mexicano.

El evento de Guadalupe

Guadalupe es mucho más que las apariciones de la Virgen a un indio chichimeca o que la imagen estampada en el ayate del mismo indio o que el templo levantado en la colina del Tepeyac. Guadalupe es un *evento*, una constelación de hechos que abarcan tanto realidades concretas, como las apariciones, la imagen pintada, la persona de Juan Diego, el *Nican Mopobua* o narración de las apariciones, la “casita sagrada”, cuanto una serie de elementos que trascienden el mundo material y se sitúan en la esfera espiritual, como el mensaje y la religiosidad que de Guadalupe surge y que viene a ser como una fuerza humilde e irresistible que ha venido modelando el perfil y la historia del pueblo mexicano.

La religiosidad popular

Y cuando hablamos de *religiosidad popular* nos referimos a la definición descriptiva que da Puebla: como “*el conjunto de bondas creencias, selladas por Dios, de las actitudes básicas que de esas convicciones derivan y las expresiones que las manifiestan*” (Documento de Puebla, 444).

* La redacción de *Ecclesia* se disculpa ante sus lectores por haber publicado, a causa de un descuido, la segunda parte de este artículo antes de la primera

Para presentar adecuadamente la religiosidad popular haría falta traer aquí lo que sobre ella han dicho los obispos en las cinco Conferencias Generales de Río de Janeiro, Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida. Recogemos por ahora solo lo que dice el *Documento Final de Aparecida* en el año 2007. Aparecida ve la piedad popular como la carta de identidad religiosa y cultural del pueblo latinoamericano, que constituye el precioso tesoro de la Iglesia católica en América Latina (Documento de Aparecida, 258; Benedicto XVI, Discurso Inaugural, 1)¹. En este encuentro de dos mundos culturales, el papel de la Virgen de Guadalupe fue fundamental: María dio a entender a los indígenas que a pesar de las incoherencias de cristianos venidos del viejo mundo, el Evangelio de Jesús era cierto. Y se lo anunció en la totalidad del lenguaje de los indios: idioma, signos, imagen, lugares, mensaje materno.

También se fija Aparecida en las manifestaciones de la piedad popular, que solo enumeramos sin profundizar en el contenido de cada una: la piedad popular es una suerte de espiritualidad del pueblo que responde a las preguntas fundamentales de la existencia como es la identidad, el origen, el fin último; es una expresión espontánea de confianza en Dios y de amor a Él, a la Virgen, a los santos; de aquí la organización de fiestas patronales, el cirio encendido, las danzas, la integración de todo lo humano, que implica no solo lo simbólico, sino también lo corpóreo y sensible.

Dentro de los elementos, a la vez sensibles y simbólicos está el santuario como espacio sagrado donde el peregrino experimenta el encuentro con Dios que lo acoge y lo escucha; están las peregrinaciones, está el rito festivo, el canto, la vestimenta, la ofrenda, la manda o el voto, las actitudes de fraternidad y solidaridad, la organización en cofradías y grupos². En definitiva, Aparecida considera la religiosidad popular como espacio e instrumento para la misión y la nueva evangelización. Y todo ello se realiza con creces en la devoción que el pueblo de México tiene hacia la Virgen de Guadalupe, como iremos viendo a lo largo del artículo.

“Non fecit taliter omnis natio”

El gran pintor oaxaqueño del siglo XVIII, Miguel Cabrera, en una copia que hizo de la imagen original de Nuestra Señora de Guadalupe, puso al calce

¹ Sigo a Marcos A. Órdenes F. en *“Piedad popular”*. Folletos “Misión Continental”, Celam, Bogotá 2008.

² Documento de Aparecida, 260; 262.

la divisa: “*non fecit taliter omni nationi*”, “no hizo nada semejante a ninguna nación”, que ha llegado a ser como la síntesis de la excepcionalidad universal del evento guadalupano.

En fuerza de los hechos yo quiero darle la vuelta a la divisa y subtitular mi relación: “*Non fecit taliter omnis natio*”, poniendo la “*natio*” como sujeto y la Virgen de Guadalupe como objeto de la acción: “*ninguna nación hizo nada semejante*” (con Ella). Quiero hablar del hecho único en la historia de la religiosidad de los pueblos, que yo llamé “***el fenómeno de la identificación del pueblo con la Virgen de Guadalupe***” - me estoy refiriendo naturalmente al pueblo de México -. De antemano digo que conozco la literatura y la oratoria barrocas guadalupanas de los siglos XVII y XVIII y que considero superadas las hipérbolos y exageraciones de la época. Me propongo exponer con sobriedad histórica y casi sociológica los hechos que nos hablan de un pueblo que ha llegado a hacer de la Virgen de Guadalupe corazón de su historia y de su cultura.

El testimonio de tres intelectuales mexicanos

Se puede o no estar de acuerdo con la realidad de Guadalupe, pero no se puede negar su peso determinante en la vida del pueblo de México. He aquí tres textos de intelectuales no precisamente confesionales. El escritor y periodista José Ignacio Altamirano, anticlerical, escribía en 1884, en “*Paisajes y leyendas*”:

*“si hay una tradición verdaderamente antigua, nacional y universalmente aceptada en México, es la que se refiere a la aparición de la Virgen de Guadalupe”*³.

*“En último extremo, en los casos desesperados, el culto a la Virgen mexicana es el único vínculo que une (a los mexicanos)... Es la idolatría nacional, y en cada mexicano existe siempre una dosis más o menos grande Juan Diego”*⁴. *“El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido no solo la nacionalidad mexicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de México actual”*⁵.

³ Recogido en Ernesto de la Torre Villar y Ramiro Navarro de Anda eds., “*Testimonios históricos guadalupanos*”, FCE, México, D.F., 1982, pág. 1130.

⁴ O.c., págs.1131-1133.

⁵ O.c, pág. 1210.

Francisco de la Maza, eminente historiador del arte, declaró: “*El guadalupanismo y el arte barroco son las únicas creaciones auténticas del pasado mexicano, diferenciales de España y del mundo*”⁶.

Y Octavio Paz, en el “*Prefacio*” a la obra de Jacques Lafaye “*Quetzalcoatl y Guadalupe*”, reconoce que la Virgen de Guadalupe logró hechizar la imaginación y los corazones de todos los mexicanos, de los poetas barrocos a los intelectuales nacionalistas, de los insurgentes que siguieron a Hidalgo a los campesinos que se unieron a Zapata, de modo que “*su culto es íntimo y público, regional y nacional. La fiesta de Guadalupe, el 12 de Diciembre, es todavía la fiesta por excelencia, la fiesta central del calendario emocional del pueblo mexicano*”⁷.

Identificación nacional guadalupana

En todos los países con tradición católica suele haber un santuario mariano al que todos consideran como principal y más representativo. Sin embargo, fuera de México, no se observa el fenómeno de identificación de todos los estratos sociales del pueblo y aun de buena parte de la historia y la cultura con la advocación mariana principal. Un colombiano nunca diría: “yo soy zipaquireño”, ni un católico francés diría: “yo soy lourdiano”, ni uno español: “yo soy de la Pilarica”, ni un italiano. “yo soy lauretano”. ¿Cuál es la razón por la que se da en México esta suerte de identificación nacional guadalupana? Voy a dar tres tipos de respuestas que serán otras tantas partes en que se dividirá mi relación.

1. Raíces de la identificación nacional guadalupana.
2. Manifestaciones populares de la devoción guadalupana
3. Expresiones oficiales de la devoción guadalupana.

⁶ En “*Los evangelistas de Guadalupe y el nacionalismo mexicano*”, 1949, en “*Cuadernos americanos*”, 6. Ver también “*El Guadalupanismo mexicano*” 1953, p. 9.

⁷ Jacques Lafaye, *Quetzalcóatl y Guadalupe. La formación de la conciencia nacional en México*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1974, p 22.

Primera parte: RAÍCES DE LA IDENTIFICACIÓN POPULAR CON LA VIRGEN DE GUADALUPE

1. Opinión de Octavio Paz y de algunos intelectuales

Para Octavio Paz, Carlos Fuentes y algún que otro intelectual extranjero el culto guadalupano habría nacido de dos factores correlativos: uno, el anhelo de los indios de llenar el vacío y la orfandad en que quedaron por la muerte de sus dioses y por la destrucción de su cultura. Otra, la astucia de conquistadores y de la misma Iglesia católica para ofrecer a los indígenas una sustitución de sus dioses y diosas por una figura paterna y materna, en Quetzalcóatl - Santo Tomás y en Tonantzin Guadalupe. Se trata de la sustitución de unos mitos por otros. “¿Cómo evitar la desesperanza y la insurrección de los indígenas?”, se pregunta Carlos Fuentes. Y responde: “Esta fue la pregunta propuesta por los humanistas de la colonia, pero también por sus más sabios y astutos políticos. Una respuesta fue la denuncia de Bartolomé de las Casas. Otra, las comunidades utópicas de Quiroga y los colegios indígenas de la corona. Pero en verdad fue el segundo virrey y primer arzobispo de México, Fray Juan de Zumárraga, quien halló la solución duradera: “darles una madre a los huérfanos del Nuevo Mundo con el culto de la Virgen de Guadalupe. “De un golpe maestro, las autoridades españolas transformaron al pueblo indígena de hijos de la mujer violada en hijos de la purísima Virgen. De Babilonia a Belén, en un relámpago de genio político. Nada ha demostrado ser más consolador, unificante y digno del más feroz respeto en México, desde entonces, que la figura de la Virgen de Guadalupe... El pueblo conquistado había encontrado a su madre”⁸.

Para el historiador J. Lafaye “esta conciencia nacional se confundió durante siglos con los avatares de las grandes divinidades aztecas: el héroe civilizador Quetzalcóatl y la diosa madre Tonantzin. Después de la conquista española el primero fue identificado por los frailes criollos con Santo Tomás, supuesto evangelizador de México, y la diosa Tonantzin con la Virgen María de Guadalupe, venerada en el santuario del Tepeyac⁹.

⁸ Carlos Fuentes, “*El espejo enterrado*”, FCE, México, D.F., 1992, pp.154-158.

⁹ De la contracubierta o cuarta de forros del citado libro que resumen a grandes rasgos su contenido.

2. La inculturación, respuesta a Octavio Paz, a J. Lafaye y a Carlos Fuentes

Los tanteos de Octavio Paz y de J. Lafaye, así como de quienes los repiten como C. Fuentes, no pasan de ser una suerte de gnososis pseudoilustrada, es decir, una reflexión que deja cánones de historia científica para correr a campo traviesa por una interpretación freudiana, fantasiosa y arbitraria. Ignoran estos intelectuales que en el paso de las florecientes culturas precolumbinas aztecas a la conquista y parcial destrucción de las mismas por Hernán Cortés, primero, y a la posterior evangelización de los indios por parte de los misioneros, reforzada con la aparición de la Virgen de Guadalupe, se da un proceso análogo al estudiado en antropología cultural, en misionología y en historia de las religiones y del que ya hablaban los Padres de la Iglesia, como San Justino, que tiene el nombre de inculturación. Veamos sus pasos.

1) En toda cultura no cristiana existen las “*Semina Verbi*” o semillas que el Verbo Divino ha sembrado profusamente en el mundo: son todas las realizaciones humanas, los comportamientos, las culturas que contienen elementos de verdad, de justicia, de bondad, de belleza, de servicio al hombre. San Justino las llama “*Logoi spermatikoi*” o “razones seminales”, como semillas de racionalidad profunda que existen en cada cosa, y, a fortiori, en todo ser humano y en su obra. Los Padres de la Iglesia y con ellos los teólogos, ven en tales semillas elementos de una misteriosa “*praeparatio evangelica*” o acción que dispone el corazón de los hombres para acoger el Evangelio.

Aquí entran las expresiones religiosas de todos los tiempos que apuntan al sentido de la vida, al origen del mundo y de la existencia humana, al fin trascendente del hombre; las grandes religiones, las grandes teogonías y cosmogonías de los indios, las grandes culturas, las obras de arte en todas sus formas que contribuyen a elevar al hombre y a darle un atisbo del sentido de su existencia. Juan Pablo II decía a los indígenas en Santo Domingo, el 13 de octubre de 1992:

“Hace ahora 500 años el Evangelio de Jesucristo llegó a vuestros pueblos. Pero ya antes, y sin que acaso lo sospecharan, el Dios vivo y verdadero estaba presente iluminando sus caminos. El apóstol San Juan nos dice que el Verbo, el Hijo de Dios, “es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que llega a este mundo” (Jn 1,9). En efecto, las “semillas del Verbo” estaban ya presentes y alumbraban el corazón de vuestros antepasados para que fueran descubriendo las huellas del Dios Creador de todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, los volcanes y las selvas, las lagunas y los ríos.

“Pero a la luz de la Buena Nueva, ellos descubrieron que todas aquellas maravillas de la creación no eran sino un pálido reflejo de su Autor y que la persona humana, por ser imagen y semejanza del Creador, es muy superior al mundo material y está llamada a un destino trascendente y eterno” (n.2).

Y los obispos de América Latina escriben en el Documento de Santo Domingo (octubre de 1992): *“La presencia creadora, providente y salvadora de Dios acompañaba ya la vida estos pueblos. Las “semillas del Verbo”, presentes en el bondo sentido religioso de las culturas precolombinas, esperaban el fecundo rocío del Espíritu... Esta religiosidad natural predisponía a los indígenas americanos a una más pronta recepción del Evangelio”* (n.17).

Concretamente, en las culturas aztecas son *“Semina Verbi”* ante todo los mitos religiosos, con el culto correspondiente, los códices que contienen su cosmogonía, historia y teogonía, las obras arquitectónicas y las obras plásticas de escultura y pintura; la filosofía y la poesía -casi toda de tipo existencial y religioso-, las tradiciones familiares y comunitarias.

2) Cuando llega el anuncio de la Buena Nueva de Cristo llevada por los misioneros españoles a los pueblos aztecas, mayas e incas, se da un proceso de **inculturación**, como se lo conoce en misionología y en antropología cultural, con tres momentos: el primer anuncio del Evangelio o Buena Nueva; luego viene la recepción de dicho anuncio; y finalmente, la traducción de la Buena Nueva al lenguaje cultural de dicho pueblo. Lo podemos representar como un proceso circular con tres fases.

- En la primera fase tiene lugar el primer anuncio del Evangelio: el misionero echa mano del lenguaje cultural de los aztecas, aprende su lengua, diseña códices pictográficos, inventa tonadillas al estilo de sus cantos o cantilenas para verter en ellos el catecismo, organiza danzas análogas a las suyas, edifica templos, esculpe, pinta con elementos gráficos y plásticos que les ayuden a mejor leer y entender el nuevo mensaje; crea instituciones familiares, sociales y políticas calcadas sobre las suyas. Aquí se sobreentiende que la primera condición para comunicar un mensaje es hablar la misma lengua cultural para poder entenderse con el interlocutor.

Ya en esta primera fase el misionero anunciador empieza a hacer una primera labor de criba y purificación, desecha elementos manchados por el pecado -como podrían ser los sacrificios humanos, la fornicación sagrada, la violencia, la esclavitud y el fatalismo-, es decir, cuanto va contra la dignidad y libertad de todo ser humano. Resalta, en cambio, cuanto de bueno, recto, verdadero y bello hay en el mundo cultural indígena.

- En la segunda fase, el pueblo escucha el mensaje en moldes de su propio lenguaje cultural y una vez que lo ha entendido, lo siente cercano y casi familiar; recibe nuevas luces, percibe que se le abren horizontes nuevos, juzga sus propias creaciones y a la luz del nuevo mensaje cristiano advierte también algunas cosas torcidas y manchadas en su propia cultura; y decide enderezarlas y purificarlas. Y acoge cuanto de bueno y nuevo hay en el mensaje que se le está anunciando.

- En la tercera fase, el pueblo azteca evangelizado, nacido a una vida nueva culturalmente hablando, hace suyo el mensaje, lo empieza a traducir a su propio lenguaje y lo expresa de mil maneras dentro de su universo cultural: en poesía, literatura, teatro, arquitectura, escultura, pintura, poesía, canto, instituciones familiares, sociales, religiosas. Así van naciendo el barroco hispanoamericano, la escultura y pintura novohispana, quiteña y cuzqueña, la música barroca, el arte *tequitqui* o nuestro mudéjar americano, la pintura de castas, las danzas y bailes de cada región, el nacimiento de una nueva sociedad, la fusión biológica que da nacimiento al tipo mestizo y a la cultura mestiza o mezclada de ibérico-cristiano y americano indígena. Es decir, nace la nueva sociedad y la nueva cultura iberoamericana.

Operación que ya se había dado desde el nacimiento del cristianismo, cuando inició la difusión del Evangelio en las culturas de Israel, Atenas y Roma. Los nuevos discípulos de Cristo, judíos, griegos o romanos, tomaron de sus culturas aquellos elementos que vieron como semillas tempranas arrojadas por el Verbo Divino en el campo fértil de sus culturas: el “*ruaj*” de Yahveh, por ejemplo, era prefiguración de la tercera persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, dador de vida y vivificador; “el ara al Dios conocido”, que tanto griegos como romanos levantaban en sus panteones, estaba esperando, como dijo Pablo en el areópago de Atenas, al único Dios creador de todo, revelado por Cristo; el “*lógos*” de los filósofos griegos era prefiguración del “Lógos trinitario”, encarnado en la persona de Cristo, dador de sentido al mundo y a la existencia humana.

Para estos judíos, griegos y romanos cuanto en su cultura encontraban de verdadero, de bueno, de justo y de bello, les servía como una “preparación para la llegada del Evangelio”. Y lo encontrarían luego purificado y transfigurado en el cristianismo. Luego, como el labrador diligente que separa el grano de la paja, ellos discernían muy bien las “semillas del Verbo”, ya sembradas en sus culturas por el Espíritu Santo, de lo que eran errores y frutos picados de las pasiones humanas y del pecado.

Estos intelectuales ilustres de México y de fuera, a los que hemos aludido, se encuentran entre las manos unos elementos objetivos: por un lado, la

destrucción del imperio azteca y la conquista de México, los mitos y tradiciones de Quetzalcoatl, el culto a Tonantzin en el Tepeyac, el abatimiento de los indios, muertos sus reyes y destruidos sus dioses; por el otro, el surgimiento de la devoción a la Virgen de Guadalupe como Madre protectora. De allí su interpretación inmediata, de tipo freudiano: el huérfano busca amparo en el regazo primordial de una madre substitutiva, Tonantzin Guadalupe, y en la sombra de una figura paterna, como Quetzalcóatl, Cristo o Santo Tomás, que lo protege y le ayude a reconstruir su casa, y su habitat cultural y religioso.

Digamos de paso que la asociación de Quetzalcoatl con apóstol Santo Tomás no pasa de ser simple conjetura, apoyada en leyendas nebulosas de un evangelizador precolombino en América y en alusiones piadosas de algunos misioneros franciscanos, sin un fundamento histórico ni arqueológico serio. Tiene, en cambio, más fundamento cultural e histórico la identificación que de Cortés hicieron Moctezuma y sus sacerdotes con el Quetzalcóatl de sus códices y leyendas. Una cosa es, pues, la inculturación y otra, muy distinta, el montaje político astuto y arbitrario.

En realidad, el proceso de inculturación ha sido el encuentro del cristianismo con una serie de elementos culturales y de actitudes de los pueblos aztecas que, como tierra bien preparada, esperaban misteriosamente el rocío del Espíritu para florecer en la religiosidad popular y en la cultura hispanoamericana. La devoción del pueblo de México a la Virgen de Guadalupe no fue, pues, imposición de fuera, como trasplante forzado de un cuerpo extraño, sino germinación autóctona de su propia cultura.

3. Raíces autóctonas de la identificación popular con la Virgen de Guadalupe

Ahora ya estamos en condiciones de analizar las raíces profundas que han llevado al pueblo de México a identificarse con la Virgen de Guadalupe, a hacerla suya como elemento integrante dentro de su espacio doméstico y cordial, histórico y cultural. Las llamamos “raíces autóctonas” porque no vienen transplantadas de fuera, sino que nacen de una semilla que ya está dentro del humus de su propia cultura. Y son la historicidad *de las apariciones*, *la imagen pintada* en la tilma, el *Nican Mopobua*, el *mensaje* guadalupano, el *indio* vidente y mensajero, la “*casita sagrada*” que pide la noble Señora. De todo ello brotarán unas manifestaciones populares de *devoción guadalupana*, pero también se darán unas *declaraciones oficiales* que reconocen a la Virgen de Guadalupe como Patrona y Reina y Nueva España y de México.

A continuación nos detendremos en cada uno de estos elementos, no en desarrollo erudito exhaustivo, sino sólo a vista de pájaro para hacer ver lo que cada uno significa en sí y cómo empalma armónicamente con el universo cultural indiano: veremos cómo la identificación con la guadalupana nace de la raíz cultural del pueblo mexicano.

3.1. Historicidad de las apariciones

Antes de seguir adelante, es obligado poner como premisa la historicidad de las apariciones al indio Juan Diego. En esta relación me muevo en el suelo firme de los estudios de historiadores guadalupanos de gran solvencia que han aportado cientos de documentos nuevos, después de García Icazbalceta, sobre la verdad histórica de las apariciones guadalupanas al indio Juan Diego: documentos históricos escritos, arqueológicos, iconográficos, escultóricos y antropológicos. No me detengo a explicitarlos, sino que los doy por supuestos. En nota al pie de página remito a los mejores estudios históricos¹⁰. Estoy convencido de que todo el evento de Guadalupe arranca de la verdad histórica de las apariciones y de que todo queda en pie o todo se derrumba con el hecho histórico de las apariciones. A las numerosas pruebas documentales de los historiadores, nosotros añadimos el argumento del análisis de la estructura lógica del relato de las apariciones: el testimonio de Juan Diego, el testimonio de Zumárraga, el testimonio de Juan Bernardino y el testimonio mismo del *Nican Mopobua*.

¹⁰ Me refiero, entre otras, a las obras de Fidel González Fernández, Eduardo Chávez, José Luis Guerrero “*El encuentro de la Virgen de Guadalupe y Juan Diego*”, ed. Porrúa, México 1999. Eduardo Chávez, “*Juan Diego, el mensajero de Santa María de Guadalupe*”, Imdosoc, México 2001. Idem, “*La Virgen de Guadalupe y Juan Diego en las Informaciones Jurídicas de 1666*”, México 2002. Idem, “*La verdad de Guadalupe*”, Instituto Superior de Estudios Guadalupanos (Iseg), México, D.F., 2008. José Luis Guerrero Rosado, “*El manto de Juan Diego*”, México 1990; idem, “*Los dos mundos de un indio santo*”, México 1992, idem, “*Contenido antropológico y evangelizador del Nican Mopobua*”, en “La Madre del Señor en la fe y la cultura de México”, México 1993; idem “*Nican Mopobua. Un intento de exégesis*”, dos vols., México 1998. Véanse también las obras de Lauro López Beltrán, “*La historicidad de Juan Diego*”, México 1977. Luis Medina Ascencio, “*Documentario guadalupano*”, México 1980. Ernesto de la Torre Villa y Ramiro Navarro de Anda, “*Testimonio históricos guadalupanos*”, ed. FCE, México 1982. Ana María Sada Lamb retón, “*Las Informaciones Jurídicas de 1666 y el Beato Juan Diego*”, México 1991; Xavier Escalada, “*Enciclopedia guadalupana. Apéndice: Códice 1548*”, México 1997; Idem, “*Guadalupe. Arte y esplendor*”, México 2001.

3.1.1. Testimonio de Juan Diego

Ni el indio ni el obispo eran dos personas ingenuas y crédulas; ambos tienen sus dudas, cada uno a su modo. No estamos ante personas emotivamente alteradas y fáciles a aceptar mensajes o visiones de fantasía. Tenemos ante todo el testimonio de Juan Diego, que va al obispo Zumárraga y le declara haber visto a la Reina del cielo y cómo ella desea que se le levante una “casita sagrada” (*Nican Mopobua*, vv.23-37).

Tratándose de un indio, el prudente franciscano da largas, pensando que es quizá solo una imaginación de persona ignorante y psicológicamente inmadura. Lo despidió diciéndole que ya lo escuchará otro día.

Juan Diego intuye la duda del obispo y, conociendo con realismo su propia situación, se resiste a ser el mensajero de la Señora: la humildad de su origen, su pequeñez e ignorancia no son las mejores credenciales para tal misión; por ello pide a la Virgen que mejor mande a una persona de alcurnia y de letras, para que le crean más fácilmente (O.c, vv.50-56). Ante la firme voluntad de la Señora de que sea Juan Diego y no otro su embajador, vuelve éste ante el obispo con el mismo mensaje.

3.1.2. Testimonio de Zumárraga

Sin llegar a tildar a Zumárraga en estos inicios de su ejercicio pastoral de “inquisidor implacable”, como lo hace el historiador y gran nahuatlato José Luis G. Guerrero¹¹, sí hemos de decir que no fue “ligero en creer” -como lo califica García Icazbalceta-, sino muy exigente y escrupuloso en examinar lo que el indio Juan Diego le decía. Procedió con cordura como era su deber como pastor. Después de interrogar más a fondo al indio y ver la coherencia de sus respuestas, queda ahora pensativo. Para salir de dudas pide una señal convincente de que es la Madre de Dios quien lo manda y quien desea se le levante un templo (*Nican Mopobua*, v.26). La Virgen da “la señal” a Juan Diego y éste por tercera vez va al obispo y se la presenta: una carga de rosas frescas y fragantes de Castilla, de un monte que solo da huizaches y mezquites, y en una estación del año en que no florecen rosas en ese lugar. Pero, ante el asombro del mismo Juan Diego, van también otras dos señales: la imagen de la Reina del cielo pintada en su propio ayate y la curación de su tío Juan Bernardino. Zumárraga, vistas las rosas y contemplada la imagen, cae de ro-

¹¹ Ver J.L.G. Guerrero, *El nican Mopobua. Un intento de exégesis*, Tomo I, pp. 260-262.

dillas y cree firmemente que es la Reina del cielo quien envía al indio y pide la casita sagrada.

3.1.3. El testimonio de Juan Bernardino

Pocos días después Zumárraga también comprobó personalmente la curación de Juan Bernardino, escuchando a la vez de su boca el mensaje de la Señora en total coherencia con el de Juan Diego. Añadiendo ahora también su nombre: “*La perfecta Virgen Santa María de Guadalupe, su amada imagen*” (v.208).

Zumárraga, sacerdote franciscano ejercitado en la pastoral directa con el pueblo llano y en el sacramento de la penitencia, buen conocedor del corazón humano, se da cuenta que está ante personas veraces y rectas. Y a partir de ese momento creyó a pies juntillas que la Virgen Madre de Dios realmente se había aparecido al indio Juan Diego y le pedía una “casita sagrada”, cosa que se dispuso a realizar inmediatamente.

En ese momento inició la devoción a la Virgen de Guadalupe, primero en el palacio del obispo, luego en la ermita levantada en el Tepeyac, donde acudió toda la Ciudad de México, clérigos, laicos nobles y pueblo llano, a venerar a la Madre de Dios bajo su sagrada imagen de Guadalupe: “*Y absolutamente toda esta Ciudad, sin faltar nadie, se estremeció cuando vino a ver, a admirar su preciosa Imagen. Venían a reconocer su carácter divino. Venían a presentarle sus plegarias*” (vv.214-217).

3.1.4. Testimonio del relato del “*Nican Mopobua*”

Tales hechos están narrados minuciosamente con el candor e inmediatez de un testigo de primera mano, como es Juan Diego, quien los refirió al noble indio Antonio Valeriano, autor del relato conocido como “*Nican Mopobua*”. Más adelante analizaremos esta narración de un modo más amplio; aquí nos interesa solo como obra testimonial fidedigna, casi como acta notarial que narra los hechos objetivos e inmediatos y las palabras directas del protagonista y de los testigos.

Los tres testigos, Juan Diego, Juan Bernardino y Juan de Zumárraga son personas creíbles, que ni se engañan ni quieren engañar: Juan Diego fue sometido al rechazo y a la humillación; se probó su veracidad y se dedujo su credibilidad. Y él, aunque neófito y sencillo indio macehual, respondió con coherencia y con verdad. El anciano Juan Bernardino se presenta curado,

narra cómo se la apareció la misma Reina del Cielo con las mismas características que Juan Diego, por su cuenta, había descrito al mismo obispo. Los dos son personas simples, pero veraces y temerosas de Dios, dignas, pues, de crédito. Zumárraga, como pastor responsable y prudente, no se mostró crédulo a la primera, sino que dudó de la autenticidad del mensaje y sometió al indio a varias pruebas; al final pidió una señal convincente. Juan Diego le lleva no una, sino tres señales que convencen al obispo. Y comprueba personalmente la veracidad de la curación de Juan Bernardino.

A partir de ese momento queda como prueba permanente de autenticidad histórica de las apariciones la Imagen de la Virgen de Guadalupe estampada en el ayate del indio Juan Diego y, sobre todo, la devoción a la Virgen que nace en el Tepeyac y que de allí se expande por el valle del Anáhuac, primero, y por los cuatro puntos cardinales de toda la Nueva España, después; posteriormente, por todo el continente americano.

3.1.5. Nacimiento del culto a la Virgen de Guadalupe

En los versículos 209 a 218 del Nican Mopohua está pergeñado el nacimiento del culto a Santa María de Guadalupe. Como en el nacimiento de un río caudaloso, pongamos el Ródano en las montañas del Furka Pass, en Suiza, sólo vemos un arroyito estrecho e inocuo; a medida que recorre valles y tierras nuevas, aumenta su caudal y llega a ser un río gigantesco: así encontramos en el relato originario algunos indicios, casi meras alusiones, del culto inicial de la que llegará a ser la devoción mariana más imponente de toda la Iglesia católica. Están ante todo los testimonios fehacientes de Juan Diego y de Juan Bernardino en la casa del obispo Zumárraga; está también la inicial veneración de la “Imagen de la amada Niña Celestial” en su oratorio episcopal; viene luego el traslado a la Iglesia Mayor o catedral “para que todos la vieran y admiraran su venerable Imagen” (v.213), es decir, la inicial exposición a la pública veneración. Está el impacto fortísimo que “hizo estremecer a toda la Ciudad cuando vino a ver, a admirar su preciosa Imagen (v.214). Está el carácter sobrenatural que le reconocen, “pues ningún hombre sobre la tierra podría haberla pintado” (v.218). Está la consiguiente actitud filial, orante y suplicante ante la Madre. Vino luego la construcción de la “Casita sagrada”, la ermita del Tepeyac como primer santuario oficial de Guadalupe y el traslado de la preciosa Imagen con participación de toda la ciudad de México - Tenochtitlán. Aquí tenemos los cuatro elementos torales de la devoción guadalupana: la Imagen, el mensaje, el templo y la peregrinación.

4. La imagen pintada de la Virgen de Guadalupe

El hecho como es narrado

Empezamos resumiendo la narración de Antonio Valeriano sobre el “descubrimiento” o revelación de la imagen de Guadalupe. Zumárraga había pedido una señal o prueba fehaciente de que era la Virgen María, Madre de Dios, quien lo enviaba pidiendo un templo en el Tepeyac. Juan Diego, una vez recibida la “señal” por parte de la Señora, regresa por tercera vez ante el obispo y se la presenta con estas palabras:

“...Y me dijo (la amada Madre de Dios) que de su parte te diera (estas rosas de Castilla) como “la señal que le pedías para que le hicieras su casita sagrada. Y para que aparezca que es verdad mi palabra, mi mensaje, aquí las tienes, hazme el favor de recibirlas” (vv.178-180). “Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco había colocado las flores. Así como cayeron al suelo las variadas flores preciosas, luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la amada imagen de la perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está, en donde es conservada en su amada casita, en su sagrada casita, en el Tepeyac, que se llama Guadalupe” (vv.181-184).

Como vemos, no es una, sino *varias señales*. La primera, las rosas de Castilla, frescas y fragantes. La fuerza de esta señal es múltiple: primero, lo insólito por el período frío del año y por lo árido del cerro del Tepeyac; segundo, el significado de las flores en un pueblo que cifraba lo más excelso de su cultura “*in cuicatl in xochitl*”, en las flores y el canto. Pero las flores, con ser tan bellas, son efímeras y en pocos días se marchitan.

Aquí entra una *segunda señal*, más duradera, la propia *imagen* de la noble Señora impresa en la tilma de Juan Diego: como una reina manda por delante su retrato por medio de su embajador, la Virgen envía a Zumárraga y a todos los habitantes de México por medio del indio Juan Diego su imagen de cuerpo entero. Intentemos leer y descifrar esta señal, aunque sea brevemente.

¿Qué habrá impresionado al obispo para hacerlo caer de rodillas, bañado en lágrimas, pidiendo perdón por su incredulidad? Varios elementos, empezando por los más obvios: la rapidez con que el indio le lleva las señales, literalmente de la noche a la mañana le lleva una carga de rosas de un lugar donde no se dan y en una estación del año, invierno, en que las flores morirían al instante. La belleza misma, misteriosa, de la imagen impresa. Luego,

la evidencia inmediata de que el origen de la imagen es algo fuera de lo común: ni el pintor más hábil podría haber improvisado ese cuadro en menos de 24 horas, mucho menos el indito Juan Diego.

Por otro lado, siendo Fray Juan de Zumárraga franciscano, de modo intuitivo habrá percibido, como música de fondo, el canto del *Magnificat* de la Virgen nazaretana en el cuadro de María de Guadalupe, un canto a la humildad de los pequeños que son exaltados por Dios:

- *humildad en el rostro* de la Virgen, hermoso, de rasgos muy finos, de tez mestiza como las niñas y adolescentes que ya empezaban a verse en la Nueva España, fruto de la unión de padre español con mujer indígena;

- *humildad en la pose*: María aparece con la cabeza inclinada hacia la derecha, con los ojos mirando hacia abajo atentamente, como una madre que escuchara a su hijo pequeño, con las manos juntas sobre su pecho, en actitud a la vez de acogida y de oración;

- *humildad en la traza y en la vestimenta*: el diseño es simple, el colorido básico, su manto es azul verde, su túnica es rosa suave; no hay armiños, ni coronas de perlas, ni collares de esmeraldas y diamantes, ni vestimentas de sedas ni drapeados fastuosos -piénsese en los retratos de Tiziano, por ejemplo, el de Isabel de Portugal, esposa del emperador Carlos V-. La postura es natural y no “manierista”; sin embargo, el resultado es de una serenidad y una belleza sorprendentes. Hay además todo un mundo simbólico azteca en los colores, en las flores, en los signos uránicos del sol, la luna, las estrellas, el resplandor del alba, las nubes.

¿Habría pensado Zumárraga que la noble Señora le enviaba su propio retrato? ¿Estaba ante la “*vera facies*” de María de Nazaret, la Madre de Jesús? Hay que decir que no hay modo de establecer cuál fue el rostro original de la doncella María de Nazaret, quizá porque no era necesario para alcanzar nuestra salvación. Lo que sí podemos decir con certeza es que la Virgen no podría engañar: si está enviando a Zumárraga y al pueblo de México una efigie suya como señal de la autenticidad de su petición, no le podría haber enviado una representación que nada tuviera que ver con la verdad de Ella misma en ese momento.

Ahora bien, la verdad figurativa de María se puede colegir de dos maneras: una, por medio de una pintura rigurosamente fiel al original como un retrato realista, y aquí no podemos sin más afirmar que estemos ante una representación realista del original. En cualquier caso, es una pintura que ciertamente tiene que ver con María de Nazaret. Otra, por el conjunto de elementos que nos transmiten la fisonomía moral y espiritual de la persona; aquí sí podemos

decir que estamos ante un retrato genuino de María y descubrimos su perfil espiritual: es Virgen, es Madre, es buena y compasiva, sobre todo se presenta en un contexto de humildad: es humilde su efigie, como de una joven mestiza mexicana.

- *Es humilde el soporte* en que aparece pintada, la tosca urdimbre de un ayate de ixtle del manto del indio Juan Diego, sin ninguna imprimación o preparación básica para recibir el color y conservarlo inalterado. El hilo de ixtle o de palma del ayate, siendo vegetal, no suele durar más allá de veinte o veinticinco años antes de pulverizarse; no hay tabla, no hay metal, no hay tela resistente, no hay técnica al óleo, ni encauste; se trata de una simple “pintura” sobre ixtle áspero y desigual¹².

- *Es humilde por el portador y mensajero*: no un español noble, ilustrado, ni un religioso o clérigo de la jerarquía, ni un maestro instruido, sino un indígena, un macehual u hombre de la gleba, labrador, de escasa instrucción, un neófito que estaba recibiendo lecciones de doctrina en Tlaltelolco. El mismo Juan Diego le pide a la Señora que mande una persona de rango mayor para que sea más creíble, pues él no es más que un pobre “indio macehual, mecapal, parihuela, cola, ala” (v.55). Y la gran Señora le responde que no le faltan servidores de alcurnia, pero que Ella prefiere que sea él quien lleve su mensaje y la represente ante el obispo.

- *Es humilde el mensaje*: solo pide la Señora una “casita sagrada” para mostrar su amor y ayuda a cuantos a ella se dirijan: es mensaje de maternidad universal. Lo ampliaremos más adelante.

- *Es humilde la vestimenta*, como hemos dicho: nunca una reina vistió con mayor sencillez, pero nunca una soberana alcanzó tal elegancia¹³.

¹² En realidad, no se ha podido determinar la naturaleza de los colores de la tilma, ni la conservación y brillantez de los mismos después de casi 500 años: ver, por ejemplo, carta dictamen del pintor Francisco Camps Rivera el 8 de mayo de 1954, en Juan Valle Ríos, “*La pintura guadalupana es un código, desconocido, de la cultura del antiguo Anáhuac. (Un ensayo iconográfico)*”, México 1997.

¹³ Hay que decir que la Virgen de Guadalupe viste con sobriedad, pero con elegancia exquisita que logra con pocos elementos: una túnica blanca o fondo grueso como de lino que hace pliegues marcados; sobre ella cae, del cuello a los pies una túnica sutil, de seda finísima, trasparente, con brocados de flores del Tepeyac y un jazmín de cuatro pétalos. Esa túnica de tul da el colorido rosa a toda la túnica de la Virgen; y un manto de seda, entre azul oscuro y verde, tachonado de estrellas, que cubre todo el cuerpo.

He aquí, pues la mejor credencial de la autenticidad de su petición y su mensaje: el *Magnificat* vivo de todo el evento guadalupano, de la aparición de la Señora a su imagen pintada en el pobre ayate del indio, de la bondad del mensaje materno al florido lenguaje en que lo narra Antonio Valeriano, del indio elegido como mensajero a la “casita santa” pedida por la Señora: todo es un canto al pobre y humilde, a los pequeños que son exaltados por el Omnipotente en el Reino de los cielos.

Tercera señal: Y está la tercera señal de la que habíamos hablado, el milagro de la *curación de Juan Bernardino*, el tío de Juan Diego. Para que éste pudiera realizar su embajada, llevando al obispo la señal pedida, la noble Señora le asegura que su tío ya está curado. Cuando, ya de retorno, acuden él y sus acompañantes, servidores del obispo, a la casa de Juan Bernardino, comprueban que está curado desde el momento y hora en que la gran Señora le aseguró la curación de su tío. Milagro comprobado por los enviados del obispo, por el mismo obispo, con quien fue a hablar Juan Bernardino por orden de la Señora.

Curación que va unida a la aparición de la Virgen al anciano Juan Bernardino, al mensaje que le da para el obispo y a la revelación de su nombre: “*Y que bien así la llamaría, bien así se nombraría “la perfecta Virgen Santa María de Guadalupe”*”, su amada imagen”.

5. El lenguaje iconográfico

La imagen de la tilma tiene su propio y denso lenguaje, iconográfico, simbólico y mestizo. A cada uno de los mismos corresponde una lectura europea de Zumárraga, indígena de Juan Diego y “mezclado” de los mestizos.

5.1. Lectura europea

Zumárraga hace una lectura que podríamos denominar europea. El icono guadalupano es una pintura mariana, al estilo de las pinturas religiosas de España, de Italia y de Europa. Un determinado tema o una determinada persona —en este caso, la Virgen María— es representada a colores en un cuadro destinado a la devoción del pueblo cristiano. La pintura religiosa europea sigue unos cánones, si no siempre escritos, sí comúnmente admitidos y practicados: el misterio o la persona ha de ser representada siempre con unos atributos que permitan al pueblo fiel y sencillo, identificarlo y, a la vez, edificarlo ejemplarmente. El Concilio de Trento, en su XXV sesión, había

dado normas sobre el culto y la adecuada representación de las imágenes de Cristo, de María y de los santos.

Aquí, la Virgen María junta tiene la cabeza inclinada, con la mirada hacia abajo como quien escucha a alguien, lleva las manos en el pecho, está parada sobre la luna y es llevada por un ángel, su cuerpo está coronado de rayos del sol, lleva estrellas en su manto: Zumárraga pudo deducir que se trataba aquí de la Virgen María representada como Madre y Reina del Cielo.

5.2. Lectura indígena

Juan Diego, Antonio Valeriano y el pueblo indígena ya bautizado habrán visto, en cambio, la imagen de Guadalupe ciertamente al modo europeo, como una imagen que representa al prototipo de quien es venerada; pero además, habrán sabido leerla al modo indígena, como leían sus códices: para ellos era un *amoxtili* o códice, cuya gramática estaba hecha de símbolos y mitos representados en glifos, en colores, en cifras, en figuras; de todo ello, resulta un conglomerado que hay que saber desmontar, pieza por pieza, para poder interpretarlo adecuadamente.

Cuando Juan Diego, Antonio Valeriano y el resto del pueblo indio contemplaba la imagen de Guadalupe, veían a una mujer vestida del sol, cuyos rayos rodean todo su cuerpo, rompiendo las nubes; ella está parada sobre la luna; veían su manto azul oscuro como la noche, tachonado de estrellas; veían el moño negro en su cintura; un ángel hermoso, de alas verdes, amarillas y rojas la lleva leve y etéreamente; y una serie de adornos florales en su túnica, color de rosa. Y ellos, aplicando los conocimientos aprendidos en el “*calmecac*” o escuela, en la enseñanza de sus sacerdotes y en las celebraciones del culto, inmediatamente deducían el sentido: la mujer es Madre de *Nabui Ollín* – cuatro, por lo cuatro puntos cardinales y movimiento -, el Autor de la vida y del movimiento en el mundo, madre de *Tonatiuh-sol*, que la arropa con sus rayos. *Ebe-teotol* y *Yestlaquenqui* –el Dios del viento y de la noche, es decir, el Impalpable y Trascendente- la envuelve con su manto. El *ángel-Quetzalcóatl-atlante* la está llevando al cielo para presentarla a *Huitzchilopochtli*, señor del mundo.

Pisa sobre *Coyolxauhqui* –la luna o nombre de la luna, diosa hermanastra de Huitzilopochtli-. Es Señora muy importante, pues vive en *Xochitlapan*, en el Paraíso, entre flores y cantos, es Madre del verdadero Dios por quien se vive; y es Madre nuestra, compasiva y poderosa.

El mismo nombre de la noble Señora, *Cuabtlapcupeuh* = “*la que procede de la región de la luz como el águila de fuego*”. Entre los estudiosos

se debate la etimología de Guadalupe. Están de acuerdo en reconocer que la palabra Guadalupe en castellano es un toponímico español de origen árabe: “wadi al lub”, que significa “rio de grava negra” o también “río de amor”. Asimismo están de acuerdo en que los españoles -extremeños, vascos y castellanos- que escucharon el nombre de la noble Señora que habló a Juan Diego y a Juan Bernardino, interpretaron la fonética del nombre como “Guadalupe”, por ser para ellos familiar el título de la Virgen venerada en el monasterio de Extremadura, en la sierra de Villuercas (Provincia de Cáceres). Están asimismo de acuerdo en que el nombre náhuatl nada tiene que ver con la etimología árabe de Guadalupe. En lo que se muestran discordes es en determinar las raíces aglutinadas que forman el nombre de la Virgen pintada en el ayate de Juan Diego. Nosotros, siguiendo al historiador guadalupano y eximio nahuatlato Mario Rojas, proponemos “el nombre de *Cuahtlapcupeub* o lo que es igual, *Tlecuauhtlapcupeub*. Las raíces de dicha palabra son Tle-cuauh-tlapcup-euh, cuya significación es la siguiente:

- *Tle-tl* = “fuego”, elemento que recuerda el lugar donde Dios vive y actúa;
- *Cuaub-tli*, “águila”, símbolo que representa al sol y a la divinidad;
- *Tlacup-a*, “del oriente, de la región de la luz”, que también era la región de la música.
- *Euh*, pretérito del verbo *ehua*, que significa “levantar, revolver, proceder de, entonar un canto”.

El significado del nombre, por tanto, sería: “*la que procede de la región de la luz como el Águila de fuego*”. Y dado que el verbo está tan cargado de contenido, podría proponerse esta ampliación: “*La que viene -volando- de la región de la luz -y de la música-, y entonando un canto, como el Águila de fuego*”¹⁴. El historiador guadalupano José Luis Guerrero y nahuatlato de gran autoridad, que ha hecho la exégesis más exhaustiva del *Nican Mopobua*, versículo por versículo, recoge con simpatía la etimología propuesta por Mario Rojas¹⁵.

¹⁴ Mario Rojas, “*Nican Mopobua, “Aquí se narra”, escrito en náhuatl por don Antonio Valeriano*. Traducción del náhuatl al español por el presbítero Mario Rojas Sánchez de la diócesis de Huejutla, Centro de Estudios Guadalupanos, México, 1991, pgs. 60-61.

¹⁵ Ver nota 6 de pie de página, del comentario al versículo 208 del *Nican Mopobua*, en “*El nican Mopobua. Un intento de exégesis*, Tomo I, ed. Realidad, Teoría y Práctica, S.A. de C.V., Cuautitlán, Edo. De México, 1998, pp. 442-443.

5.3. Lectura mestiza

Y está la *lectura mestiza* que en los siglos posteriores pasará a ser la más común entre el pueblo de México y del mundo entero que acude a venerar la imagen de Guadalupe: en su rostro lleva nuestros rasgos, es de nuestra raza, pero lleva también los rasgos de las mujeres de Castilla. La Señora del Tepeyac es señal de reconciliación de dos pueblos, que en Ella se ha hecho fusión armoniosa en un rostro nuevo y original, el primer rostro latinoamericano que conocemos. En la imagen pintada de Guadalupe y en todo el evento guadalupano brilla la feliz unión entre cultura azteca y cultura ibera, entre visión indígena y visión cristiana.

A estas tres lecturas, quizá convendría añadir una cuarta, la del mexicano actual y del peregrino de cualquier otro país que llega a la Villa de Guadalupe a venerar la sagrada imagen.

5.4. Lectura del peregrino del México actual

Si esto leían Zumárraga y Juan Diego, ¿qué lee el peregrino mexicano que cada día llega al Santuario de Guadalupe en la Ciudad de México en el año 2011? En una imagen de tonos ligeramente opacados -son más vivos en la pintura que Cabrera copió del original en el siglo XVIII, sin el estorbo del cristal que la protegía-, ve una imagen de María en actitud de diálogo, una Virgen con las manos juntas, que mira no hacia el cielo, como en la Asunción o como la Inmaculada con su rostro vuelto hacia arriba, hacia Dios, sino como quien todavía está en la tierra escuchando, mirando a sus hijos, dialogando con ellos, sintiendo con ellos, sufriendo con ellos, grabándose en la memoria y en el corazón sus ruegos, para llevarlos al Autor de la vida (*Ipalnemobuani*), al que está en todas partes (*Tloque Nabuaque*). Es la misma Madre solícita que en Caná lleva a su Hijo la necesidad de una pareja de esposos recién casados: “*no tienen vino*”, le dice; y que luego indicará a los sirvientes: “*hagan lo que Él les diga*” (Jn 2, 3.5).

La percibe humilde, acogedora, cercana, sensible a sus necesidades. Ya no saben leer los colores, los glifos, los signos uránicos, pero todo les resulta ya familiar, desde su infancia: el óvalo de nubes, los resplandores que brotan de toda su imagen, su manto azul-noche tachonado de estrellas, su túnica color de rosa, su apacible rostro de tez morena, de doncella de poco menos de veinte años. Sobre todo, el peregrino de México, de América Latina o de cualquier otra latitud, que se llega al Santuario de Guadalupe, lleva en su corazón los ecos de las palabras de María a Juan Diego: “*Yo en verdad soy vues-*

tra Madre compasiva” (Nican Mopohua, v.29), “tuya y la de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí” (vv.30-31). “¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna cosa?” (v.119). El mexicano y el peregrino de cualquier parte del mundo que llega hoy a contemplar la imagen de la Virgen de Guadalupe en la gran basílica del Tepeyac ve en Ella a la Madre común.